

**R.A.Stradling: *Felipe IV y el Gobierno de España.*
1621-1665. Madrid, Cátedra, 1989, 510 págs.**

Pasar el mes de vacaciones con un libro de contenido histórico, producto de la “escuela anglo-sajona,” es algo que, desde estas páginas, nos atrevemos vivamente a recomendar. Es conocido entre los artesanos de la Historia las diferencias existentes entre los trabajos salidos de autores pertenecientes a esa tradición y los que son fruto de la denominada “escuela francesa”. Mientras éstos suelen optar por la claridad cartesiana, por una exposición de los contenidos ordenada y hasta cierto punto pedagógica (un estudiante de Historia preferirá casi siempre preparar su examen sobre libros de esta corriente), los primeros harán del asunto objeto de la exposición algo envolvente, un tanto anárquico y desordenado, pero enormemente rico en matices y puntos de referencia. Con un cierto eclecticismo muy propio del mundo cultural al que pertenece, el historiador anglosajón hará de su estudio casi una novela, donde personajes y circunstancias son contemplados con distanciamiento, a veces con frialdad, no exenta de una cierta “bonhomía” liberal que recorre la obra desde principio a fin. Tal es el caso del libro de Stradling, que ha acompañado mis ratos de ocio junto al mar y la montaña. Su estudio sobre Felipe IV y su gobierno es algo más que un libro de Historia al uso, es un recorrido por el compleísimo mundo de la Administración española (el llamado sistema polisinodial) en los momentos en que el Imperio —y con él la idea imperial— empiezan a hacer aguas, arrastrando tras de sí a figuras de la talla egregia de D. Gaspar de Guzmán, el famoso Conde-Duque de Olivares. Que los acontecimientos son el producto de una compleja red de hechos menores enlazados entre sí es algo que a cualquier observador reflexivo del pasado o del presente no suele escapársele; ponerlo de manifiesto en un libro, a lo largo de 500 páginas, es una tarea, sin duda, mucho más difícil. El acierto de Stradling ha sido el intentar hacerlo con buenos resultados en su obra, anteriormente publicada en inglés. Durante su lectura sentí con frecuencia que pocas

o nulas conclusiones “claras y distintas” podría sacar de su lectura, fuera del abigarrado conjunto de factores que intervienen en cualquier acontecimiento por pequeño que sea; sin embargo, consolábame pensando que me encontraba ante una gran historia, una magnífica “novela”, que en nada tenía que envidiar a las de Yourcenar o Graves, dos grandes factores de la novela histórica de nuestros días no ha mucho fallecidos. Pocos subrayados, pues, sobre el libro (al contrario de lo que acostumbro a hacer), pero, a cambio, una permanente inmersión en un tema, de cuyos complejos hilos parecía sentirme activo testigo.

De todos modos, y con independencia de las experiencias vividas por el propio lector (yo en este caso), hay en la obra una serie de elementos fundamentales que un historiador de oficio no puede dejar de resaltar. De la época de Felipe IV —y en particular de su valido Don Gaspar— creíamos que pocas cosas más podrían llegar a decirse después de las profundizaciones a que la habían sometido Elliott, Marañón o Domínguez Ortiz, por sólo citar unos cuantos nombres significativos (el libro, en su Introducción y Bibliografía da un extenso elenco de ellos, que no es del caso reproducir aquí); sin embargo, este extenso grupo de hispanistas de las universidades inglesas y americanas, favorecidos con becas y años sabáticos en sus respectivos países para visitar continuamente nuestros archivos, no deja nunca de sorprendernos a cada visita periódica que realizamos a los fondos bibliográficos de las librerías especializadas. El mismo libro de Stradling nos revela un abundante número de nombres y de obras sobre la época de nuestro rey, y sobre la de los Austrias en general, aún desconocidas, a pesar de su interés, por gran público, e, incluso, por amplios sectores de modernistas. La fecundidad de autores como el propio Stradling, Israel, Brightwell, Brown, Jago o Williams, junto a los más conocidos de Elliot, Parker o Thomson, están logrando hacer de nuestra historia de los siglos XVI-XVII un terreno cada vez mejor conocido y, lo que para nosotros es más importante por su escasa frecuencia en nuestro país, inserto en el conjunto internacional y europeo. Una visión demasiado alicorta de los acontecimientos de esa época, cuando no las carencias propias de nuestras bibliotecas, o las dificultades para salir al extranjero, los habían presentado desde una perspectiva excesivamente nacional y replegada; olvidando algo tan obvio como que la política peninsular (con todas sus repercusiones internas notabilísimas) nunca fue tan internacional como bajo la égida de los Austrias.

Pero no todo pueden ser elogios a la obra que comentamos. Aunque con puntos de vista atractivos, a veces presentados acertadamente, por medio de metáforas, el libro es deudor de un buen número de trabajos, algunos (aún sin imprimir), que el autor resume y reinterpreta. Esta, podrá decírsenos, es una de las tareas fundamentales de todo historiador y todo estudio histórico; sin embargo, en el caso presente, la aportación de Stradling parece, fuera de sus virtudes interpretativas, poco significativa. Aunque la obra pretenda a su manera rescatar la figura del rey Felipe IV de la sombra a que viene siendo relegada tradicionalmente por el peso de la personalidad de sus validos (Olivares sobre todo), resaltando la independencia de sus actuaciones y su actitud para con el Gobierno, apenas parece lograrlo, pues la poderosa acción del Conde-Duque, y luego de Medina y Haro en menor medida, casi no la dejan manifestarse, tal es la fuerza de la personalidad, influencia y capacidad de movimientos de éstos. Por ello, lo que en verdad aflora en el libro es el complejo mundo de la alta Administración y de la Corte entre 1621 y 1665, así como los esfuerzos de Olivares por renovarlas y cambiar su ritmo. Pero, precisamente aquí, es poco lo que se nos dice nuevo acerca de ellos, después de los trabajos de Elliott y Marañón sobre el Valido y su entorno, o de Domínguez Ortiz sobre la política fiscal en esta época. Stradling se limita en este punto a resumir, con algunas aportaciones documentales importantes, ciertos aspectos ya señalados por los citados autores, así como, en otros casos más puntuales (actitud de la nobleza y el clero, etc), los trabajos de otros compatriotas suyos, de cuya obra —a veces inédita entre nosotros— tiene un amplio conocimiento. Libro, pues, brillante, con algunos tintes de intriga, que resume y reinterpreta con agudeza (véase, por ejemplo, la supuesta reacción mobiliaria del siglo XVII, de que nos hablara Maravall, en págs. 225 y siguientes) los acontecimientos claves del reinado, acercándonos con destreza, en toda su riqueza, a algunas de las figuras principales del mismo (Olivares y el propio Felipe IV, pero también personajes más secundarios, como Medina, el Duque de Alba, Spínola o los propios Enríquez). La presentación es cuidada —salvo algunas erratas editoriales no corregidas en las cifras y el texto— y ayuda a una atenta lectura de la obra.

MANUEL BUSTOS RODRÍGUEZ